



## Valores y postulados Fundamentales del socialismo democrático

Willi Eichler



<http://www.editorialpln.info>



<http://www.cedal.org>

## **Introducción**

Al hacerse de nuevo posible en la Alemania de 1945 la formación de partidos democráticos, sonó para el Partido Socialdemócrata Alemán la hora del resurgimiento. Mientras que los demás partidos democráticos venían a ser creaciones totalmente nuevas o refundiciones de distintas agrupaciones políticas del pasado, era este Partido, fundado en 1863, el único que podía contar con una larga tradición, tan solo interrumpida por los años de dominación del Nacionalsocialismo. A pesar de ello, también tuvo él que concentrar toda su actividad inicial en luchar contra las adversidades de los primeros años de la postguerra. Había que saciar ante todo el hambre, reconstruir las ciudades, proporcionar trabajo y alojamiento a millones de refugiados. En el terreno mismo de las ideas era además necesario superar los resabios doctrinas del Nacionalsocialismo, para establecer así las bases de una Democracia capaz de funcionar. Discusiones de tipo teórico se hacían urgentes, pero el tiempo no daba para todo.

Sólo al consolidarse la situación política y económica en la parte occidental de Alemania le fue posible a la Socialdemocracia hacer realidad el propósito formulado en el Congreso del Partido en Hannover (1946), y comenzar la elaboración de un nuevo Programa que fijara las normas fundamentales de su actuación política. En la otra parte de la Alemania dividida, sometida al dominio comunista, había sido el Partido primeramente sometido a las más variadas medidas de represión y por fin en 1946 nuevamente disuelto.

El último Programa del Partido Socialdemócrata Alemán databa de 1925, y era el llamado "Programa de Heidelberg". Las experiencias acumuladas desde entonces, tanto por los socialdemócratas como por los demás partidos democráticos, al contacto con la amenaza mundial del Fascismo y el desarrollo del Comunismo, así como los nuevos y peculiares problemas que el inmenso progreso económico y técnico habían planteado, hacían de todo punto necesaria una revisión de aquél viejo Programa. De aquí que la Junta Directiva del Partido Socialdemócrata propusiera en 1954, en su calidad de suprema instancia dentro del Partido, la formación de una Comisión a la que se confió la elaboración del proyecto de un nuevo Programa.

Formaban dicha Comisión 34 miembros, secundados en su trabajo por una serie de expertos en las más distintas especialidades. En 1958, en el Congreso de Stuttgart, pudo ya Willi Eichler, miembro de la Junta Directiva del Partido

y Secretario de la citada Comisión, presentar a la suprema autoridad del Partido el proyecto del nuevo Programa. El Congreso decidió someterlo a discusiones internas dentro del Partido, a fin de poder más tarde, en uno de los Congresos próximos, llegar a una conclusión en que hubieran tomado parte activa todos los afiliados en el mayor grado posible. Así llegamos a Noviembre de 1959, en que el Congreso extraordinario del Partido, convocado en Bad Godesberg, tras detenida discusión en que el proyecto sufre distintas modificaciones, aprueba dicho proyecto por 324 votos a favor y 16 en contra.

Al poner la Fundación Friedrich Ebert en manos de sus amigos extranjeros un escrito del que fue Secretario de la Comisión Programadora de los Postulados esenciales que hoy orientan la actividad política de los socialdemócratas alemanes, cae perfectamente en la cuenta de que el Programa adjunto no puede en ninguna forma ser artículo de exportación. Se trata de un Programa redactado para Alemania, nacido de las exigencias históricas concretas de esta parte de nuestro planeta. Un Programa que tiene por objeto garantizar el éxito en la lucha por la Libertad, la Democracia, la Justicia Social en las circunstancias concretas de una economía altamente industrializada con sus concretísimas consecuencias para el orden del Estado y la Sociedad. Los cometidos y objetivos contenidos en este Programa no pueden sin más ser adoptados por partidos políticos de otros países con distintos presupuestos históricos y condiciones sociales asimismo diferentes. Los valores fundamentales por el contrario, de los cuales se deducen dichos cometidos y objetivos concretos, esos sí creemos que tienen validez en todos los puntos de la tierra en que se luche por implantar una sociedad realmente digna de la persona humana.

A algunos les extrañará sin duda mi afirmación de que lo nuevo del Programa no es tanto la meta del Socialismo cuanto los caminos para llegar a ella. La razón de ser final del Socialismo, más o menos claramente expresada, fue siempre la misma: Protestar contra cualquier clase de violación de la persona, de la libertad y de la justicia en las relaciones humanas. Junto a esta protesta vive en el Socialismo la fe en un orden social donde cada hombre tenga iguales oportunidades de realizar su vida en dignidad y libertad y de este modo contribuir a una vida culturalmente plena, a la que todos los hombres puedan tener acceso.

## **La experiencia de la Revolución Francesa**

¿Si esto es verdad, porqué se han dado tantas discusiones a través de los años, discusiones que todos conocemos y que con frecuencia redujeron a segundo plano esos objetivos esenciales? Para explicar este fenómeno necesitamos echar una ojeada histórica; sobre el fondo del pasado se proyectará así con más diafanidad nuestra visión del presente y del futuro.

El desarrollo de las modernas ciencias naturales y de la técnica a fines de la Edad Media cambiaron por completo la imagen del mundo corporal; las leyes del universo se abren al espíritu del hombre, el mundo comienza a ser para él un fenómeno no menos prodigioso que hasta entonces, es verdad, pero mejor conocido y más sometido a control.

Y como si esto fuera poco, cambia también la imagen del hombre y de la sociedad. El hombre comienza a verse a sí mismo como un ser cuya dignidad solo se logra en un marco de libertad para determinar por cuenta propia su vida y las relaciones para con los demás en la convivencia social, Solidaridad y amor al prójimo, demostrados en el reconocimiento de la igualdad de *todos* los seres humanos, habrían de ser los pilares básicos de este nuevo orden. La postulación de estos valores coincide con una época en que aún se pensaba que la filosofía estaba llamada, no solo a inspirar y fecundar los pensamientos y el espíritu del hombre, sino incluso a señalarle las directrices de su acción responsable. Con estas tendencias enlaza el ambicioso proyecto de la Revolución Francesa de realizar en el terreno político-social las nuevas ideas de igualdad, libertad y fraternidad. La igualdad debería realizarse en la democracia; cada individuo participaría responsablemente en los negocios del Estado, influyendo cada voto por igual en las grandes decisiones. Libertad equivaldría la eliminación de todo privilegio clasista, al surgimiento en plano de igualdad del tercer estado, la burguesía. Libertad significaría en el terreno económico libre ejercicio de la profesión, y libre contrato de trabajo, es decir derecho del trabajador a la oferta de su fuerza de trabajo allí donde le pareciera más conveniente. En el terreno del derecho se proclamó por fin el principio de igualdad de todos ante la ley.

## **El Proceso de industrialización**

Con esto se diría que quedaba trazado el camino hacia un porvenir de libertad dentro de una organización social digna de seres humanos. Desgraciadamente, los resultados de esta experiencia defraudaron se puede decir que por completo esas esperanzas. Y es que simultáneamente con la Revolución Francesa, y en muchos puntos hasta anulando sus efectos, habíase puesto en marcha el proceso de industrialización; con el aumento de la división del trabajo y el uso de las nuevas técnicas, sobre todo de la fuerza de vapor, había aumentado ingentemente la productividad del trabajo humano. Como por una parte era ya imposible sin renuncia al consumo fabricar los medios de producción, y por otra parte la gran masa de trabajadores no podía sin ellos asegurar su subsistencia, se vieron de repente los poseedores de esos medios de producción elevados a la categoría de dueños y señores de la economía. La explotación de los trabajadores a que se llega en estas circunstancias fue tanto más insoportable por ser, por decirlo así, "institucional", algo inherente a una sociedad seguidora del famoso principio liberal que por entonces se vendía como fórmula ideal de libertad: "Del juego libre de las distintas fuerzas resulta la mayor libertad posible para todos y cada uno."

Como en este "juego" los dueños de los medios de producción eran siempre quienes tenían la soga por el lado más fuerte, es claro quiénes habrían de tener todas las prerrogativas del poder y por tanto la libertad de hecho para satisfacer sus intereses muy por encima de los desposeídos de medios de producción. La tan pregonada libertad sin limitaciones vino a reducirse a libertad, sí, pero para dictar a la parte más débil las condiciones de vida y de trabajo. Lo que de allí resultó, puede leerse todavía hoy con fruto, si bien con un estremecimiento de horror, en la obra de Federico Engels "Situación de la clase obrera en Inglaterra" (1845). Aquí nos enteramos por ejemplo de que niños de seis a siete años trabajaban en el fondo de las minas, de que la jornada de trabajo duraba para varones y mujeres entre 14 y 16 horas, y hasta qué punto estas condiciones significaban la aniquilación no sólo física sino aún moral de individuos y familias enteras.

Pues bien, exactamente en este marco histórico nace el Socialismo moderno. En 1848 aparece, bajo la pluma de Carlos Marx y Federico Engels, el "Manifiesto Comunista".

La crítica del Socialismo parte del hecho social de la depauperización de los trabajadores. Esta crítica aspiró siempre en último término a hacer triunfar el principio de igualdad de todas los hombres, convicción fundamental que el cristianismo de los primeros siglos viviera con

increíble lógica, pero que los subsiguientes órdenes sociales no realizaron en la convivencia social práctica, a pesar de seguir profesando la creencia en la igualdad de todos ante Dios. Esta igualdad de todos los hombres fue para los grandes humanistas símbolo de la dignidad del hombre, ella fue objeto primordial de la filosofía clásica, según la cual jamás un hombre puede ser utilizado como medio para fin alguno. De todas estas convicciones fundamentales se nutre el espíritu del Socialismo Democrático.

## **Libertad e igualdad**

La renuncia del hombre a ser impulsado por otros, a la "alienación", lleva consigo el postulado de libertad de *autodeterminación* para desarrollarse conforme a su dignidad y dar a su vida el sentido y valor que le compete. Libertad en este sentido sólo puede significar: Libertad para todos y para cada uno, lo cual lleva necesariamente al absurdo, ya que si la libertad se considera solamente en sí misma, como mera *ausencia de trabas de cualquier género* (tal era el concepto de libertad que en sus orígenes proclamó el Liberalismo), *cada uno* ha de poder sin limitaciones ir en pos de *sus* propios intereses. Pero al ser los intereses de los hombres tan diferentes, inevitablemente resultan conflictos de unos hombres contra otros o incluso de un mismo individuo consigo mismo. Con razón escribe Luis Borne sobre el concepto de libertad así entendido: La libertad total no puede tenerla más que *uno*, no pueden darse dos hombres con libertad absoluta. Las mismas razones llevaron a Goethe a afirmar que quien promete libertad e igualdad al *mismo tiempo* ha de ser "o un insensato o un charlatán"; o se logra igualdad, pero a expensas de la libertad, o la libertad a costa de la igualdad.

Esta contradicción interna sigue presente en la discusión de los últimos siglos, y solo se resuelve cuando se deja a un lado el doctrinarismo de considerar igualdad y libertad como valores absolutos. Solo entonces se llega a ver posible la realización de esa *igualdad de la dignidad humana* en la *igualdad de oportunidades* para todos en el terreno personal, cultural, económico y político. En la práctica, ha de obtener cada cual iguales oportunidades de educación y bienestar, de hacer sentir su voz en los negocios del Estado y de la Sociedad. Este patrón de la igualdad, que limita la libertad individual restringiéndola a su uso digno, es decir al reconocimiento de igual libertad para los *demás*, es regla de oro del Derecho y de la Justicia. Sin una tal justicia degenera la libertad en

capricho del más fuerte, lo mismo que sin libertad degenera la igualdad en "igualitarismo", extremos ambos que llevan a la opresión del ser humano. De ahí que el nuevo programa del partido Socialdemócrata afirma:

"Igualdad y libertad se condicionan mutuamente. La dignidad del hombre reside en su derecho a ser responsable de sus actos y en el reconocimiento del derecho de todos los hombres a desarrollarse como personas humanas y a contribuir según sus facultades al desarrollo de la Sociedad."

Con esto quedan expuestos los "Valores fundamentales del Socialismo Democrático". En ellos se basa el nuevo Programa de Principios para la formulación de sus concretas "demandas a una sociedad digna de seres humanos", que para nosotros es la socialista. Que el SPD no se encuentra solo al proponer estas exigencias, lo prueba la Proclama de la Internacional Socialista del 3 de Julio de 1951: "Si el Socialismo combate al capitalismo, es porque este lesiona la sensibilidad moral del hombre; si rechaza todo totalitarismo, es porque este profana la dignidad del hombre.

## **Ideales en descrédito**

Lo nuevo en el Programa son dos cosas: Una, el formular abiertamente esta finalidad del Socialismo al describir los valores fundamentales del movimiento socialista; y la otra, el que esta declaración del fin del socialismo se encuentre no en cualquier rincón del Programa, sino exactamente en el lugar que le corresponde de derecho, al principio de él.

¿Porqué no se dio desde los comienzos una tan acendrada declaración de principios en los distintos Programas del Socialismo? Muchos motivos hubo para ello; exponerlos todos nos llevaría ahora demasiado lejos. Uno muy particular fue el ominoso *descrédito* en que había caído el concepto de libertad con la práctica capitalista de acumulación de capitales. Según esta práctica tenía cada cual "libertad" de procurarse los instrumentos de producción; por qué medios habría de conseguir el dinero necesario para ello, eso no lo decía nadie. El que no tenía ese dinero dejaba por el mero hecho probada su "incapacidad" de imponerse en la concurrencia del mercado. Hasta se llegó a afirmar que tales fracasos eran señal de que la gracia de Dios no estaba con él ...

El concepto de igualdad había caído en no menor desprestigio, por aplicársele sólo formalmente. Anatole France ha estigmatizado este farisaico concepto de igualdad en la conocida frase: "La majestuosa igualdad de la ley prohíbe por igual a ricos y a pobres robar pan y pernoctar bajo puentes." Que la dignidad e igualdad de los hombres imponga a la sociedad la obligación de procurar a cada cual iguales oportunidades de bienestar y que sólo de este modo se elimine el robo y la vagabundería, eso apenas si se molestaba nadie en discutirlo.

Como el desarrollo del capitalismo había reducido los conceptos de libertad y de igualdad a la categoría de frases hechas, por eso los vieron muchos socialistas durante largo tiempo como el señuelo de la burguesía (con las clases aristocrática y clerical) para lograr su libertad y su igualdad; mientras que a la cuarta clase social, a los trabajadores, se les embaucaba con el colorido de tales valores. Y de hecho sí, se les engañó al excluirles de la participación de estos supremos valores en su vida práctica, es decir, al no dar a la clase trabajadora la parte que le correspondía de igualdad y de libertad. Rescatar para el obrero estos valores fue la consigna de la lucha de liberación.

Menos que nadie podía el movimiento socialista renunciar sin lucha a estos valores supremos, pues él no se puede ni siquiera concebir sin el ansia de libertad y de justicia y sin el sentimiento de solidaridad para con todos los débiles y oprimidos. Triste fue que en esta lucha tuvo el Socialismo la impresión de que todos le dejaban solo, todos incluso la iglesia. De ahí su posición negativa primero frente a la iglesia después frente a la religión en general. Ningún hombre serio dudará en calificar un tal desarrollo de deplorable tragedia.

El significado de valores éticos lo ha reconocido siempre el Socialismo. Pero para encontrar en sus Programas una profesión explícita de ellos hay que rebuscar en rincones más o menos escondidos, o en frases desperdigadas. Ya el "Manifiesto Comunista", por ejemplo, en 1848, contiene las siguientes afirmaciones sobre la sociedad sin clases, si bien sin descender a detalles: "En lugar de la antigua sociedad burguesa con sus clases y rivalidades clasistas vendrá una asociación en la que el desarrollo libre de cada cual no será sino la condición del libre desarrollo de todos."

Y en el Programa de Erfurt de 1891 se encuentra esta frase: El Socialismo democrático de Alemania "combate no sólo la explotación y opresión de los asalariados sino cualquier

clase de explotación y de opresión de una determinada clase, partido, casta o raza".

## **Dogmatización del curso de la Historia**

Nadie podrá pues poner en duda el carácter propiamente ético del movimiento socialista, por más que un grave obstáculo contribuyera enormemente a dificultar su fundamentación *específica* en valores morales. Me refiero a la visión de la Historia típica del marxismo, y que Marx tomó de Hegel. Hegel entiende la Historia como "el Absoluto pensándose a sí mismo", como un desarrollo de la Suprema Razón del Universo, como fruto del ineludible desarrollo de las ideas en creciente proceso de racionalización a través del juego dialéctico de Tesis-Antítesis-Síntesis. Es claro que en este determinismo el esfuerzo del hombre por *mejorar* las condiciones sociales no puede tener sino, cuando más, un influjo secundario. Al hombre no le corresponde en efecto sino captar ese proceso de constante racionalización ya que - según Hegel - "todo lo real es, al mismo tiempo, racional".

A Marx le impresionó este método, el molde diríamos de la teoría de Hegel, aunque no su contenido. Por eso opuso él al idealismo hegeliano su materialismo, que ve la Historia como un ineludible proceso dialéctico de las sucesivas luchas de clases suscitadas por la oposición entre el desarrollo de las fuerzas productoras por una parte y las condiciones de propiedad por la otra. Esta lucha de clases entre proletarios y burgueses desemboca para Marx en la sociedad sin clases tras la "ineludible" victoria del proletariado. El proletariado juega en este proceso el papel, por decirlo así, de comadrona: La clase trabajadora no tiene aquí ideales de ningún género que realizar, a ella no le toca más que sacar a la luz los elementos de una nueva sociedad que ya estaban en el seno de la antigua. Esa sociedad sería la que el Manifiesto Comunista llama "libre asociación"; ella suprime y elimina todas las diferencias de clases y aún el Estado mismo, que para Marx no es sino una forma de dominio de una *clase* sobre las otras y que pierde por tanto su razón de ser al desaparecer las clases; el Estado no necesita según él ser eliminado, sino que simplemente "se extingue". En este proceso no se habla ya de valores como de peculiares objetivos, pues que esos objetivos los "suministra" la Historia. Al hombre sólo le cabe captar y acelerar ese proceso. Según el Programa de Erfurt de 1891, que en su introducción describe dicho proceso en un sentido plenamente marxista, es la socialización total de los medios de producción la

condición histórica para llegar a la meta del Socialismo, que el Programa presenta como "el mayor bienestar posible y un perfeccionamiento armónico en todos los órdenes".

## **Confusión entre y método**

Como la meta parecía estar ya dada por la Historia, fue el camino hacia esa meta quien pasó poco a poco a convertirse en tema decisivo de la discusión socialista; al final de ese camino se daba por seguro encontrar la libertad, la justicia y la solidaridad. Andando el tiempo llega incluso a confundirse el camino hacia la meta con la meta misma. Ejemplo clásico de esta confusión es la socialización de los medios de producción, como la describe en 1918 Carlos Kautsky en su folleto "La Dictadura del Proletariado": "Propiamente hablando - afirma Kautsky - no es el Socialismo nuestra (¡de los socialdemócratas!) meta final; esta consiste en suprimir toda suerte de explotación y opresión, ya se dirija contra una determinada clase, un partido, una casta o una raza" (aquí cita, como se ve, al Programa de Erfurt). Nada menos que un Kautsky, el teorizante del Partido, renuncia aquí al sentido propio y genuino del Socialismo, a la eliminación de toda explotación y de toda opresión como a "objetivo final"; esto ya no es para el "Socialismo". ¿Qué es pues, para Kautsky, el Socialismo? El lo dice bien claro: Si alguien llegara a hacernos ver que... la liberación del proletariado y de la humanidad se puede lograr a base de propiedad privada de medios de producción, deberíamos arrojar por la borda el Socialismo (!) sin renunciar por ello en un ápice a nuestro objetivo final, más aún, deberíamos obrar así en interés de ese nuestro objetivo final".

Es decir: Socialización de medios de producción y Socialismo son para Kautsky sinónimos. Naturalmente que ésta no era tan solo la opinión de Kautsky. Entonces se creía que el camino de la socialización total de los medios de producción llevaba a la meta final - libertad e igualdad para todos, sociedad libre de toda explotación. Todo lo que sin la socialización se hiciera por mejorar las condiciones sociales, no sería, en opinión de muchos, sino un remiendo más o menos respetable, pero remiendo al fin.

El nuevo Programa del SPD establece en este punto una clara distinción: Lo que Kautsky llama "objetivo final" es para nosotros la meta propia del Socialismo, como lo había sido ya desde el principio: La realización de los valores fundamentales de libertad, igualdad y solidaridad - y esto

para todos. La socialización de los medios de producción sigue siendo un punto importante, conserva su importancia en cuanto puede ser un medio para alcanzar la meta suprema del socialismo. Que, de hecho lo sea o no, es algo que irá diciendo en cada caso la práctica. Con esta distinción nos parece que el debate en torno al Socialismo ha ganado notablemente en claridad: Con ella queda claro cuáles son los puntos en que un socialista no puede transigir, y en qué otros cabe hacer concesiones o se puede discutir con fruto sobre cuál de los *distintos caminos* es el mejor. La verdadera cuestión es, pues, la siguiente: ¿Sirve la socialización total de los medios de producción a la causa de la libertad y la igualdad? Si la respuesta es negativa, entonces nos veremos precisados a renunciar, no al "Socialismo", como decía Kautsky, sino a la socialización.

Históricamente es bien comprensible por cierto que se diera a la socialización una importancia tan grande como medio de llegar a la liberación de los trabajadores. Porque el poder incontrolado de los poseedores de medios de producción es de hecho incompatible con un orden democrático que diga proteger la libertad y la dignidad humanas. Afortunadamente no es ya ese poder hoy día tan sin restricciones como lo fue en otros tiempos. Los sindicatos, reconocidos plenamente en sus derechos, constituyen un respetable balance a ese poder, la política del pleno empleo ha desmovilizado el que Marx llamó "ejército de reserva industrial", y la cogestión obrera en las empresas y en los órganos supraempresariales de la economía, se ve en principio reconocida y en parte es ya realidad (en las industrias de carbón y acero). Derecho del Trabajo y Política Social han hecho desaparecer de la vida del trabajador muchas de las situaciones de extrema necesidad que debilitaban su posición en el mercado. Hoy día ve el obrero cada día mejor satisfechas sus exigencias de acceso a una educación superior, que multiplica sus aptitudes y con ello las posibilidades de escalar puestos mejor dotados y le permite tomar parte activa en la vida cultural. De la parte de los empresarios existe hoy día un control cartelario cuya misión es imposibilitar toda concentración de poder que no esté económicamente justificada; es más, el poder público, en cuyas manos está hoy más de la tercera parte del producto social, puede intervenir regulativamente en la economía por medio de la redistribución de los ingresos, de inversiones por cuenta propia o manipulación de las ajenas. Por último, hoy día dispone la ciencia de medios suficientes de contrarrestar las crisis económicas que antaño parecieron ineludibles, y con ello sus desastrosas consecuencias para la clase trabajadora. Digamos por fin, para cerrar este punto, que el nuevo Programa no dice en ninguna parte que el paso de los medios

de producción a la propiedad común *no pueda ser un medio de política socialista*. El Programa afirma exactamente lo siguiente: "La propiedad común es una forma legítima de control público a la que no puede renunciar ningún estado moderno, pues que ella está llamada a salvaguardar la libertad del individuo frente a la prepotencia de los grandes agregados económicos. Los ejecutivos de la gran industria son generalmente simples "managers", que a su vez sirven a poderes anónimos; los propietarios han perdido en gran parte la facultad de disponer sobre sus medios de producción. El problema central es, pues, hoy día, uno: Poder económico. Allí donde por otros medios no sea posible garantizar en la economía una relación sana entre los distintos factores de poder económico, se impondrá la propiedad común de los medios de producción como medio adecuado y necesario para ello."

Esto quiere decir por consiguiente que la respuesta al problema arriba expuesto: ¿Hasta qué punto es necesaria la propiedad común sobre los medios de producción? La irá dando en cada caso la experiencia concreta. Lo nuevo en la recién citada fórmula de nuestro Programa es el no considerar ya la socialización total como panacea universal para toda clase de perturbaciones sociales, y sobre todo el que socialización deja de ser sinónimo de socialismo. Más o menos socialismo en un país no se mide hoy día por el número de sus industrias socializadas, sino por la ampliación o reducción de la esfera de libertad del hombre y el papel de la justicia en las relaciones de convivencia social.

El problema de la libertad y de la justicia toma formas de urgencia en el control del poderío económico, control de los cárteles, de las inversiones, el fomento de la libre concurrencia por medio de empresas estatales, la procura del pleno empleo, la cogestión obrera en la economía y en las empresas, el desarrollo del Derecho Laboral y de la Política Social, y un mejor acceso de todos a los centros de instrucción y educación que suprima el monopolio educativo. Otros medios en que se piensa son los llamados "Balance General" y "Presupuesto Total" de la nación.

## **Primacía de la libertad**

Esta toma de conciencia de los valores de libertad y de justicia ha cobrado sin duda un especial impulso por el contacto inmediato con las monstruosas dictaduras comunistas y fascistas, y su negación de la libertad y dignidad humanas. Con la libertad sobre todo pasa lo mismo

que con la salud, que no se la aprecia de veras hasta que se la pierde.

La experiencia del comunismo es para los socialistas tan instructiva como deprimente, por realizarse de ordinario bajo la bandera de socialismo y hasta de *libertad*. Su pretensión de ser socialista fúndala el comunismo en la socialización total de los medios de producción; y su concepto de libertad lo define como "un penetrar intuitivo en las razones de la necesidad de una cosa" Este elemento de imprescindibilidad es lo ineludible que, según el comunismo, es "inmanente a la Historia" del desarrollo hacia una sociedad comunista. Guardianes y veladores de este proceso son en el mundo los detentores del poder comunista, el Partido. Todo el que no "penetra" en la "necesidad" de someterse, es decir, todo el que abusa de su libertad, es o un equivocado o un traidor al Socialismo, y como tal ha de ser tratado. ¡Su única "libertad" es la de obedecer!

Avances de orden técnico y aún de orden cultural son posibles bajo un tal sistema, porqué no, como bajo cualquier otro; esto lo da la experiencia. Libertad y justicia no tienen por el contrario puesto alguno ni siquiera en el terreno teórico, mucho menos por supuesto en la práctica. La solución comunista no es ni filosófica ni políticamente un camino por donde los socialistas puedan también marchar: El comunismo es exactamente todo lo contrario a lo que el Socialismo pretende.

Nosotros socialistas no vemos en la Historia un proceso prefijado de antemano, al cual el hombre no tenga más que someterse: La Historia es para nosotros obra del hombre. Cuantos más hombres haya que, puestos los ojos en la meta y con sentimiento de profunda responsabilidad se empeñen en cambiar nuestra sociedad, tanto más se acercará esta a su supremo ideal.

¿Son los hombres capaces de comprender esta tarea y de tomar sobre sí su realización? La respuesta es decisiva para todos los que se consagran a "modelar" la sociedad humana. Las ideas sobre el hombre, este ser misterioso, han cambiado repetidas veces a lo largo de la Historia. Hoy, gracias a la psicología y a la antropología junto con penetrantes experiencias históricas, estamos cerca de la realidad que en otros tiempos. El hombre no es ni el ser originariamente bueno que se vuelve malo por malos tratos y ejemplos defectuosos - así lo creyeron por largo tiempo los socialistas - "tampoco el ser malvado e incorregible que necesita a cada paso de tutela. Si dejamos a un lado prejuicios de tipo tanto pesimista como optimista y nos

limitamos a los datos de la experiencia nos encontramos con lo siguiente: El hombre es un ser capaz de emplear su razón y de empeñar su voluntad en el cumplimiento de las obligaciones de orden moral y jurídico que su inteligencia racional logra intuir. Pero al mismo tiempo se encuentra este ser en una continua discrepancia con sus ímpetus conscientes e inconscientes que junto con el efecto regulador de su intuición racional y de su voluntad inconsciente producen en él con frecuencia esos estados que todos tenemos que lamentar y que Freud ha dado en llamar "la insatisfacción en la cultura", a la que el hombre tantas veces prefiere la "satisfacción en la incultura". A mi juicio, no es este un tan mal retrato del hombre.

¿Qué pueden, pues, políticos y educadores lograr con este ser, y qué puede él realizar en sí mismo? Quien no vea en el mero seguir sus impulsos, en la "satisfacción de la incultura" el sentido profundo de una vida humana digna, ese tal verá como misión propia apelar a la razón del hombre, formar su inteligencia y robustecer su voluntad para que pueda ordenar sus impulsos y su vida toda social.

¿Es una empresa condenada al fracaso? Quien esto afirme iría más allá de los datos experimentales. Ciertamente es que recurriendo a la experiencia se puede también caer en el peligro de una argumentación superficial; este es un peligro del que se debe prevenir aquí tanto a optimistas como a pesimistas. Si la experiencia parece dar la razón a estos últimos, bien mirado no prueba ella sino que todo conato de educación ha de perderse necesariamente en la ineficacia cuando va acompañado de una falta de fe en la educabilidad del hombre. Fácilmente se llega en este caso a la por Kant amargamente deplorada "plebeya alusión a pretendidas experiencias contradictorias" las cuales, si algo prueban, es únicamente que nadie puede cosechar donde no ha sembrado. Pero también, el exagerado optimismo de quien de la educación lo espera todo, incluso a veces hasta milagros, no hace más que dar la razón en último término a los pesimistas, ya que, el hombre perfecto no es más que una utopía. Una educación realista, libre de prejuicios, en el seno de una sociedad cuyas instituciones no hagan indignos de crédito los objetivos de los educadores, es decir, que estén basadas en justicia y conforme a la moral - una educación en tales condiciones apenas si encuentra hasta ahora impugnadores. Es una alentadora e importante experiencia para pedagogos y políticos; sin que con esto queramos negar las dificultades inherentes a toda educación.

## **¿Es el socialismo una "concepción total del universo?"**

Una cuestión queda aún por tratar, al menos someramente: ¿Es el socialismo un "sentido total de la vida", una "concepción total del universo"? Todo depende de lo que se entienda bajo este concepto. Para mí personalmente significa él una concepción que explica en lógica cerrada el principio y fin del mundo y del hombre. En este sentido no es el Socialismo concepción completa del mundo; en sus programas no ha pretendido serlo nunca, por más que para muchos socialistas asumiese él carácter de tal. El socialismo democrático no proclama, como lo dice el nuevo Programa, "ningunas verdades supremas". Y si no lo hace es por respeto a las creencias de los hombres, sobre cuyo contenido no los partidos políticos ni el Estado tienen nada que determinar ni siquiera que codeterminar. La fórmula que acabo de citar de nuestro Programa no expresa, como se ve, ni indiferencia ni mucho menos desprecio por las convicciones religiosas, sino apenas la elemental noción de que ninguna instancia que no sea la propia conciencia puede dar obligatoriedad a adhesiones de origen religioso. Si algunos socialistas consideran todavía el Socialismo como un sentido total de la vida o como una concepción del universo, eso quiere decir que ellos no le ven como mero interés de grupo que trate de suprimir determinadas dificultades impuestas por las circunstancias a una clase de hombres, a través por ejemplo de una mejor distribución del producto social. Esencial es para los socialistas, y lo ha sido siempre, el que la política, las formas de vida en el Estado y en la sociedad humana se basen en valores fundamentales de moral y derecho como la dignidad del individuo y su libertad, la justicia y la solidaridad en las relaciones con sus semejantes. Sin estos valores fundamentales no es posible ni siquiera un planteamiento objetivo de los problemas políticos, porque cuando no se tienen finalidades concretas es absurdo pensar en acciones dirigidas a un fin. Muchos piensan hoy día que una base tal, moral y jurídica, de esa política, constituye desde luego una concepción del universo".

Y es que, de hecho, la posición fundamental jurídico-moral de una persona es parte de su concepción total del universo. Este me parece que es el punto donde las distintas confesiones y posiciones religiosas pueden y deben encontrarse, en el terreno práctico de las consecuencias que para el Estado y la sociedad se deducen de esas distintas concepciones del mundo y de las diversas

convicciones religiosas, cuando ellas quieren llevar a la práctica los postulados comunes de dignidad, justicia y libertad para el hombre. La diversidad de las comunidades ideológicas y religiosas en nuestra sociedad pluralista es un hecho que tal vez quepa deplorar, pero con el que hay que contar aún por mucho tiempo. Por encima de esas divergencias no debemos, sin embargo, olvidar lo que nos une, el ansia común de asegurar la libertad y la justicia en nuestra sociedad. Las divergencias de origen religioso e ideológico debemos respetarlas con una tolerancia no superficial, sino nacida de profundo aprecio mutuo; de esa comunidad de valores básicos jurídico-morales debe dar testimonio la realización de esos ideales en nuestra convivencia solidaria.

Los valores fundamentales del Socialismo creo que quedan con lo hasta aquí expuesto suficientemente aclarados y comentados. Ahora quisiera, al menos brevemente, enunciar los postulados esenciales a toda sociedad digna de seres humanos, según nosotros los socialdemócratas los deducimos de nuestros principios fundamentales:

*Proscripción de la guerra.* La guerra no es un medio político, sino un acto de salvajismo. Particularmente hoy la han convertido la técnica y las armas atómicas en un verdadero suicidio colectivo, que ningún hombre responsable puede aprobar. Un dispositivo de seguridad de la paz mundial lo son para nosotros las Naciones Unidas, cuando esta organización esté dotada de un poder coactivo con que desbaratar los planes de todo el que pretenda perturbar la paz. Para llegar a este estado hace falta un previo desarme general, controlado y radical. Medidas provisionales de defensa y aprestos militares que se hagan hasta llegar al desarme, los toleraremos como arbitrios más o menos deficientes. Hasta qué punto tales arbitrios puedan ser necesarios o convenientes, es asunto que toca ya a la práctica concreta.

La justicia exige que todos los pueblos puedan, en plan de igualdad, obtener su parte en el bienestar general. Los llamados países en desarrollo tienen por tanto un título de derecho a la solidaridad de los demás pueblos.

La forma de gobierno que mejor garantiza la dignidad y libertad humana es la democracia. El socialista confiesa su adhesión a ella no sólo como camino que conduce a la meta por él anhelada, sino como un orden sin el cual la sociedad socialista no puede subsistir.

En un estado democrático, todo juego de poder ha de estar tan patente que no escape al control público. Sobre todo en la economía se imponen medidas decisivas a este respecto.

Monopolios del acceso a la educación no se deben tolerar. Lo único que aquí cuenta son aptitudes y rendimiento.

## **El peligro de la "simplificación"**

Un postulado esencial de nuestro Programa proclama el pluralismo de formas en la vida económica, social y cultural. Una tal diversidad de formas es necesaria, dado que el desarrollo de nuestra sociedad y más que nada el ingente crecimiento de la población mundial hace necesario organizar cada vez más todas las esferas de la vida social. El afán de simplificarlo todo, por ejemplo organizar la vida social y política lo más uniformemente posible, le hace "simple" a un dictador, a él sobre todo, la tarea de imponer sus dictados. Si la organización de la vida moderna es cosa ineludible, debe dejársele a cada cual no obstante oportunidades de escoger entre distintas posibilidades, debe incluso serle a cada uno posible pasar de una esfera social a otra distinta. Y por encima de todo se debe evitar que todos los sectores de la vida sean controlados desde una central como la describen en sus visiones proféticas nuestros literatos pesimistas, por ejemplo un George Orwell. La tentación y la tendencia a la dictadura la siente todo técnico cuando planea a largo plazo; por eso es hoy la tecnocracia algo más que un lejano espectro para los que amamos la libertad.

Roberto Jungk cuenta en su obra "El futuro ha comenzado ya" que en una conversación con un constructor de aviones, éste se queja amargamente de que el hombre, comparado con las exigencias de la técnica, no sea más que un aparato bien deficiente. Lo mismo exactamente opina el comunista; pues dentro de su sistema, que hace del hombre mero instrumento de un proceso histórico, se necesita un tipo de hombres que el comunismo hasta ahora no ha logrado fabricar. Por eso tienen los hombres, también para el comunismo, un "defecto de fábrica", que el comunismo intenta explicar, no reconociendo la falsedad de sus ideas sobre la naturaleza humana, sino echando la culpa al pasado capitalista.

Confesemos no obstante con sinceridad que no cabe olvidar farisaicamente que el llamado mundo libre tiene en realidad grandes "defectos de fábrica", no ya tanto los hombres que en él viven cuanto las formas de su convivencia social: Esa

nuestra fiebre de consumo y nuestra ansia de prestigio que tanto se parecen desafortunadamente a la danza en torno al becerro de oro; nuestra postura vacilante frente a los llamados países en desarrollo y a los muchos seres que, incluso en nuestro mundo libre, sufren hambre física y espiritual.

A este mundo cuyo ídolo es la técnica, al que corrompen una descarada ansia de lucro y una funesta ambición de poder, le sostienen una propaganda y una publicidad que abusan de la ciencia psicológica para apelar a la acción subconsciente de las pasiones y temores del hombre en lugar de la razón, a la que no convencen tanto esas orgías del egoísmo. ¿Es posible llegar a una mayor alienación de la humanidad que por medio de tales manipulaciones? La tarea de dominar y superar tales aberraciones implantando el derecho y la libertad que abran a todos las mismas oportunidades de propiedad, bienestar y educación adecuada, y que sean base de una vida cultural para todos, es obligación del Estado y de todos los grupos sociales para quienes la solidaridad y el amor al prójimo son supremo mandamiento, más importante aún que las garantías de derecho y libertad. El Estado debe ser democrático, puesto que este - por definición - respeta como intangibles el derecho y la dignidad humanas.

El Partido Socialdemócrata proclama su adhesión a este Estado y a los derechos y deberes fundamentales garantizados en nuestra constitución. Tales derechos deben, no solo asegurar la libertad individual frente al Estado, sino establecer y dar vida a la comunidad y con ella y por ella al Estado mismo, prestándole así su valor propio.

Portador del supremo poder estatal es el pueblo. El Gobierno es responsable ante el Parlamento y por él ante el pueblo. Para que el pueblo pueda asumir responsablemente esa función, precisa de formación política y de educación, los únicos medios que pueden hacerle inmune contra manipulaciones sin conciencia de traficantes materiales y políticos.

Democracia significa hoy, entre otras cosas, control de los detentores de toda clase de poder dentro de un Estado así concebido. Este control debe abarcar sobre todo la economía en general y en ella los consorcios, pero también, los grandes medios de comunicación, entre los que la radio y la televisión están ya, se puede decir, pasablemente organizados y controlados. El problema es dar con un camino medio entre dirigismo por una parte y falta de escrúpulo por la otra.

La vida, la dignidad y la conciencia del individuo están antes que el Estado y escapan a su dirección. Todo ciudadano debe respetar las convicciones de los demás, el Estado debe asegurar la libertad de religión y de conciencia. Jamás una "razón de Estado" puede anular o restringir esta libertad.

Una palabra, para terminar, sobre el llamado "Estado benefactor". Hoy es cosa diríamos generalmente admitida el que a muchos riesgos de la vida (enfermedad, vejez, accidentes) que el individuo aislado apenas si puede afrontar, se les prevenga solidariamente y en común. No es objetivo de la política socialdemócrata suprimirle al individuo todos los riesgos de la vida: Esto sería una utopía, ya que el hombre, una vez más, tiene en este punto sus "defectos de fabricación". Sí decimos sin embargo que los riesgos que hoy se hace imposible afrontar aisladamente se deben prevenir en sociedad con otros, que todo individuo debe además tener acceso a la educación superior y que la justicia se debe implantar en las relaciones económicas; con estas medidas es como hace el Estado previsión - no precisamente asistencia - social, exactamente la que cada cual necesita para, dentro de estos márgenes, proveer en responsable autodeterminación a su propia existencia y a la de su familia.

Estado y sociedad tienen por misión proteger, fomentar y robustecer a la familia. Cuando el Estado procura a la familia seguridad material, reconoce con ello sus peculiares valores espirituales. Compensación de cargas familiares en el sistema impositivo, subsidios de maternidad y premios a la natalidad son medios de protección eficaz a la familia.

Esta previsión social limita la actividad del "Estado benefactor" al mínimo posible de los riesgos que solo en conjunto cabe afrentar debidamente y a asegurar a todos igualdad de oportunidades de bienestar material y de cultura. Cuando esto se asegura, tanto más asegurada queda la responsabilidad individual de cada uno, sin la cual ningún Estado democrático puede prosperar.

Los socialistas y el movimiento obrero, a través de penalidades y de sacrificios, de derrotas y de victorias, han conseguido darnos un mundo más democrático, es decir, más libre y más justo. Su tarea ha sido a través de la Historia mucho más ardua de lo que al principio se pensó; más aún, sabemos hoy que nunca llegaremos del todo a la meta. Ella queda ante nuestros ojos, y caminamos hacia ella. Así vemos nosotros hoy el Socialismo y así lo afirma nuestro Programa, como "una misión que nunca se interrumpe:

Batallar por la libertad y la justicia, custodiarlas y acrisolarse en ellas".